

bían asistir á un sínodo que celebraban los Católicos y Protestantes.

La dieta de Ratisbona se abrió en el mes de abril de 1541 en presencia del Emperador y de su corte. El partido católico tenía por oradores á Lefèvre, Eschio, Julio Pflug y Juan Gropper, arcediano de Colonia: siendo sus antagonistas Martin Bucero, que acababa de casarse con una monja, Pistorio y Melancton, oráculo del protestantismo.

Empezóse la discusión ante ocho jueces legos que nada entendían de teología, y que por consiguiente no podían introducir en la discusión el orden y la regularidad. El cardenal de Granvelle comprendió muy luego que no se podía sacar ningún resultado de semejantes disputas. Nadie se confesaba vencido; todos se mostraban irreconciliables después del combate en que se habían cambiado, al par de los discursos, amargas acriminaciones. Granvelle suplicó á Lefèvre que se entregase á ocupaciones más útiles. El consejo era bueno; siguióle por lo tanto, y en el decaimiento de ánimo á que le lanzaban estas disputas, que ocultaban una revolución bajo su pesada frivolidad, escribió desde Ratisbona el 5 de abril de 1541:

«Es para mí una cruz insoportable el observar á una parte tan considerable de Europa, que antes era la gloria de la Religión, hundirse ó vacilar ahora, y decir que ni el poder del Emperador, ni el talento y sagacidad de sus ministros, ni los personajes que han acudido á esta dieta imponente, pueden ni saben hacer nada para impedir el exterminio de la fe.»

La dieta había sido impotente para el bien: Lefèvre emprendió solo esta tarea y sin contar con ella. Abrió los ejercicios espirituales á los obispos, prelados, electores, vicarios generales, embajadores de las coronas, teólogos, doctores y demás miembros de la dieta. El hijo de Carlos, duque de Saboya, de quien Lefèvre era súbdito, le confió la dirección de su conciencia. Era tan grande la multitud que se agolpaba para oírle, que se veía precisado á cercenar las horas de su sueño para responder á todas las necesidades. Alemanes, portugueses, españoles, italianos, todos se estrechaban en derredor de su púlpito; todos aceptaban las reglas de conducta que les dictaba con una santa libertad. Contaba todos los días en el número de sus oyentes á los Fernandos de la Cerda, á los Manriques, duques de Nájera, á los San-

chos de Castilla, á los Carlos de Saboya y de Pescara, y á Juan de Granada, hijo del último rey de esta ciudad.

Esta flor y nata de la aristocracia que le adoptaba por su padre espiritual, iba después á esparcir por sus diferentes reinos la semilla que recibía en su corazón. Sostenida en la piedad, mantenía á su vez á los pueblos en la fe por medio de sus ejemplos. Lefèvre no se contentó con predicar en Ratisbona; pasa á Nuremberg, y en seguida á España por orden de Ignacio; pero la obra que había comenzado en Alemania debe ser continuada: Loyola le dió por sucesores á Le Jay y Bobadilla.

Acababa Le Jay de renovar á Faenza. Desde esta ciudad se dirige á Bolonia convirtiendo en todas partes á los que se dignaban escucharle. El clero se subleva á la vista misma del Emperador, al escuchar el cambio que este francés trata de introducir en las costumbres, y los herejes se reúnen á él con idéntico sentimiento de odio.

Amenazan á Le Jay de lanzarle al Danubio: el Jesuita se sonríe y responde: «¡Qué me importa entrar en el cielo por mar ó por tierra!»

Los sectarios se habían apoderado de dos iglesias, y en ellas predicaban públicamente; porque el Emperador, por combinaciones políticas, cuyas causas no ha profundizado hasta el día la historia, toleraba en Alemania los excesos del proselitismo luterano que hubiera rigurosamente castigado en España. El amor á la novedad no sedujo á los Católicos, de quienes Le Jay era el guía.

Bobadilla, que había terminado por su parte, á una con el cardenal Reinaldo Polo, la reforma de las costumbres en la diócesis de Viterbo, salió para Alemania el año de 1541. Detúvose en Inspruk á donde residía Fernando I, rey de los romanos; entabló conferencias con el Rey y la corte, trató de la salvación de todos, y el Rey le condujo á Viena después para asistir á las conferencias que iban á celebrarse en aquella capital.

Tenían estas por objeto salvar á la Religión de los peligros que la amenazaban. Bobadilla predicaba siempre en italiano y en latín; explicó el sentido de las Escrituras; discutió delante del Rey con los herejes más célebres, y siguió al nuncio del Papa á la dieta de Nuremberg. Acompañó también á la primera asamblea de Spira y á la de Worms, por orden del Rey y por el dictámen

del cardenal Alejandro Farnesio, al obispo de Passau, embajador de este príncipe.

Concluida la dieta, Bobadilla, á quien todos los prelados alemanes se disputaban, cedió á las instancias de Fernando, que se propuso ponerle en contacto con el clero de Viena; hizo triunfar el Evangelio en el corazon de aquellos sacerdotes disolutos; y como si la salud de este Jesuita pudiese ser tan infatigable como su celo, le nombró Fernando su teólogo en la nueva dieta, que se renovó en 1543.

Intimidóse la herejía ante el fuego de aquella voz tan llena de verbosidad y facundia que afirmaba á los Católicos en su creencia. Estando en la dieta de Ratisbona, en donde encontró al Padre Claudio Le Jay, explicó en latin su obra *De christiana conscientia*.

El nuncio del Papa le encargó de pasar á Ingolstadt, donde á pesar de la vigilancia del príncipe de Baviera, habia hecho el luteranismo una irrupcion. Ratisbona ofrecia un campo neutral á las diversas opiniones que se emitian: este Príncipe habia prohibido á sus súbditos presentarse en ella; y cuando le hablaban de la guerra que podian suscitar contra él los Protestantes: « Antes consentiré, respondia, perder todos mis Estados, que entregar á Lutero uno solo de mis súbditos. »

El Jesuita encontró ayuda y apoyo; entraba á suceder al gran teólogo Juan Eschio, y manifestóse digno de él. Los obispos de Alemania procuraban todos poseer en su diócesis una antorcha tan brillante; pero obtuvo la preferencia Oton Truchsez, obispo de Ausburgo. Oton y el Padre unieron sus esfuerzos para reanimar la fe en el pueblo de Dillingen, que se apartaba de ella, y llegaron á conseguirlo.

Habiase convocado una asamblea provincial en Salzburgo, en la que se debia tratar de conciliar las opiniones de ambos partidos beligerantes. A pesar de su repugnancia, se puso Le Jay en camino, porque el arzobispo de Salzburgo, hermano del duque de Baviera, quiso apoyarse en tan crítico momento, en la autoridad y prestigio de tan gran teólogo.

El Emperador, sin cuidarse demasiado de la cuestion religiosa, deseaba conservar la paz en sus Estados germánicos. Comprometido en una guerra política y desastrosa para la Francia; se espantaba al ver que la herejía habia invadido la Alemania, y

empezado á degenerar en disensiones civiles. Conveniale apaciguar á toda costa el cisma que empezaba á perturbarle en sus ambiciosos proyectos. La idea de un concilio general exasperaba á los Protestantes, que temiendo fuesen condenados en él sus principios, les parecia mucho mas ventajoso el proponer incesantemente algunos de esos sínodos provisionales que aplazaban la cuestion, ó la enconaban cada vez mas.

Al principio de cada sesion era Le Jay consultado por los obispos, hasta que se vió obligado á redactar para ellos un escrito en que se reasumian los dos puntos puestos á discusion por el Emperador. Probó desde luego que los prelados no podian jamás consentir que una asamblea de legos se arrogase el derecho de resolver una cuestion religiosa; y mostró en seguida que los Protestantes, aun suponiendo que admitiesen todos los dogmas católicos, deberian ser tachados de herejes, si rehusaban reconocer la autoridad de los soberanos Pontífices en materia de fe.

Adhirieron á la declaracion de Le Jay los obispos reunidos en Salzburgo, é hicieron eliminar la proposicion de un concilio nacional hecha por los Luteranos, encargándole que escribiese á Roma para acelerar la convocacion de la asamblea general, cuyos promotores habian sido los Jesuitas.

Lefèvre llegó á España acompañado de Ortiz; visitó á Madrid, Zaragoza, Medina, Sigüenza y Alcalá; tuvo algunas entrevistas con la grandeza; predicó al pueblo, y catequizó á los niños. Este hombre, á quien el consejero de Carlos V profesaba la mayor estimacion, no temió confundirse con los indigentes, y hacerse aun mas pobre que ellos para instruirlos. Apenas establecido en la Península le vuelve á llamar el papa Paulo III, para que continuase en Alemania la serie de sus tareas apostólicas.

No desagradaban por cierto á Loyola estas emigraciones continuas. Su Compañía era aun poco numerosa, y esperaba multiplicarla haciendo ver en cien pueblos á la vez el mérito de sus hijos. En Ocaña fue presentado el Jesuita á las princesas María y Juana, hijas de Carlos V, y de cristianas las hizo piadosas. Entusiasmados por su relato, Juan de Aragon y Álvaro Alfonso, sacerdotes ambos de la capilla real, renunciaron los honores y la corte, y siguieron á Lefèvre, que á través de mil peligros, llegó á la ciudad de Spira en el mes de octubre de 1542.

Su presencia en esta ciudad alarmó al clero. El nombre y las

obras de la Compañía eran ya conocidos en ella, y el clero por lo tanto estaba persuadido de que Lefèvre iba á proceder desde luego á la reforma de sus costumbres. Tal era, en efecto, la mision del Jesuita. Para hacérsela gustar, empezó por insinuarse en la confianza de los sacerdotes por medio de la dulzura, y haciéndose su amigo. Dado ya este primer paso, el mas difícil de todos, les habló con tanta uncion de la santidad de su ministerio y de los deberes que este les imponia, que todos los eclesiásticos de Spira abandonaron los placeres mundanos y locos regocijos, que poco antes ocupaban sus corazones. Obtenido este triunfo, marchó Lefèvre á Maguncia, en donde le esperaba el arzobispo Alberto, cardenal de Brandeburgo.

Maguncia, como todas las ciudades de Alemania, veia cada dia renacer en su seno nuevas facciones religiosas. Aprovechándose de los excesos del clero, no temian pervertir á los fieles so pretexto de que sus antiguos pastores estaban tambien pervertidos. Apoyado Lefèvre en la autoridad y virtudes del Arzobispo, restableció muy luego la paz en los corazones, la regularidad en el clero, y la fe en el pueblo.

Generoso hasta el extremo, Alberto de Brandeburgo deseó recompensar al Jesuita la deuda que él y su diócesis acababan de contraer tan afortunadamente, y le obligó á aceptar cien luises de oro. El Jesuita habia hecho voto de pobreza, y queria observarle; los cien luises fueron al punto distribuidos entre los indigentes de la ciudad y los hermanos de la Compañía de Jesús que estudiaban en la universidad de Lovaina. Vuelve á Spira y regresa á Maguncia, porque los obispos alemanes no creian poder hacerlo mejor, que oponer el mismo adversario á cada nueva fase del luteranismo. En el mes de enero de 1543 se decidió á explicar públicamente la sagrada Escritura.

Sus lecciones fueron practicadas por los habitantes de Maguncia; su persuasion hace entrar en el gremio de la Iglesia á muchos cristianos á quienes la incesante actividad de los Luteranos habia separado de ella. Una multitud de extranjerios acude á Maguncia de todas las provincias rinianas para escuchar á un sacerdote cuya reputacion era tan extraordinaria.

Pedro Canisio, nacido en Nimega el 8 de mayo de 1521, era de este número. Impelido siempre por el deseo de aprender; espíritu sólido y brillante; pero en cuya cabeza se abrigaban algu-

nas dudas de las que corroen las mas hermosas naturalezas, era mirado como uno de los mas eruditos de la universidad de Colonia. Apenas rayaba en los veinte y cuatro años, cuando ya aseguraban sus catedráticos, Nicolás Eschio y Lorenzo Surio, que seria uno de los mas firmes apoyos de la Iglesia. Canisio escuchó á Lefèvre, tuvo con él una entrevista, y afirmándose en su vocacion entró sin mas tardanza en la Compañía.

Estando en esto, tuvo aviso Lefèvre de las calamidades que aquejaban á la ciudad de Colonia, y de que su arzobispo elector, Herman de Weiden, vacilaba en la fe. Podia muy bien el pastor convertido en lobo arrastrar á su grey á un precipicio, pero nadie osaba oponerse á la autoridad de un potentado. Los católicos del electorado solo cifran su esperanza en el Jesuita, que no tarda en escuchar sus deseos, pero el mal era inveterado y la llaga incurable. Alentado Herman, sin embargo, y sostenido por el Padre, promete permanecer fiel á su religion; mas no pareciendo á Lefèvre asaz concluyente su promesa, consultó á Juan Poggi, nuncio del Papa, residente en Bona. Ordenóle el nuncio, bajo precepto formal de santa obediencia, que no se alejase de Colonia, puesto que su presencia y sus discursos podian únicamente contrarrestar los progresos de la herejia. El Jesuita obedeció, y la ciudad no siguió á su arzobispo en la apostasia. Colonia se mantuvo fiel al catolicismo.

Hallándose ocupado en estas tareas de la inteligencia y de la palabra, recibió orden expresa de pasar á Portugal. Juan III iba á realizar el enlace de su hija María con Felipe II, hijo de Carlos V. Habia este último Monarca pedido á Roma dos individuos de la Compañía para que acompañasen al jóven príncipe en su viaje á Castilla, designando en particular á Lefèvre. El honor dispensado al misionero abria un vasto campo á la Sociedad en muchas provincias de España; resistese á las instancias de Poggi, que testigo del bien que habia hecho en Colonia, intentaba retenerle, y sale de la ciudad en cumplimiento de las órdenes de Ignacio y de la Santa Sede.

Agregadas las fatigas de un viaje pedestre á todas las que afligian su espíritu, se ve asaltado por una de esas fiebres malignas que deciden de la vida ó de la muerte; pero aunque agobiado en el lecho del dolor, encuentra todavia en su alma bastante energia para inspirar á Strada el pensamiento de hacer cambiar por

medio de la predicacion las costumbres de la ciudad de Lovaina, sitio en que cayó enfermo. Strada pone mano á la obra; convoca y reúne en derredor de sí, valiéndose del encanto de su locucion, á los principales personajes de la ciudad, y los conduce al lecho del Jesuita doliente, quien á pesar de su enfermedad los estimula á la perfeccion; logrando por medio de su elocuente persuasion que abrazasen el Instituto Oliverio Manare, Maximiliano Capella y diez y nueve jóvenes de las mejores familias. Esta abundante miés produjo en el alma de Lefèvre efectos mas saludables que todas las medicinas. Empezó á convalecer, y el 21 de enero de 1544 se dirigió hácia Bolonia, pasando en seguida á Lieja y á Maestricht, donde predica y combate con fruto á los heresiarcas.

A su segundo regreso á Colonia, encuentra al arzobispo empeñado en una liga con los Protestantes; habia dado entrada en su diócesis á Bucero, Pistorio y Felipe Melancton, cuya fama en literatura y oratoria no se ha podido borrar después de tres siglos. Lefèvre defiende paso á paso el terreno minado bajo sus plantas, y hace triunfar la doctrina de la Iglesia, á pesar de tener en su contra todas las pasiones mas desenfrenadas. Crea un colegio, confiando su direccion á Leonardo Hessel, y después de arreglados todos los asuntos del catolicismo y de la Compañía, espera con paciencia un nuevo destino.

Habia sido su enfermedad un obstáculo insuperable para encaminarse á Portugal; pero una vez enteramente eliminado, emprende el viaje á instancias del rey Juan III, que le llamaba de nuevo á su lado (12 de julio de 1544).

Este año, tan fecundo en acontecimientos, finalizaba por grandes y ruidosas controversias. La dieta de Worms, presidida por el Emperador, y en la que se representaban, bajo las mismas peripecias, escenas idénticas á las que habian ocurrido en las asambleas de Spira y de Ratisbona, duraba todavía: no produciendo semejantes reuniones otro resultado que el endurecimiento y las tinieblas; puesto que como dice san Gregorio Nacianceno, «la dulzura de los príncipes inflama las pasiones de los herejes, que jamás podrán ser vencidos por la clemencia.»

Le Jay participaba de esta opinion, á que Carlos V no habia querido suscribir hasta entonces. No dejaban, sin embargo, de alarmarle las turbulencias de los herejes y el sistema de invasion que seguian con una constancia inalterable; al paso que las exhorta-

ciones del Jesuita y los consejos del cardenal Alejandro Farnesio, legado y sobrino del Pontífice, le hacian temer por su poder y conciencia. Siempre en contacto con los Luteranos, habia aprendido á sondear el interior de sus inclinaciones y tendencias: no escapándose á su profunda penetracion, que bajo la copa dorada de la reforma religiosa, ocultaban el veneno fatal de las doctrinas políticas, poco en armonía con la potestad que como príncipe y soberano atribuia á las testas coronadas.

Si las discusiones teológicas no habian acertado á herir en el resorte de su alma, la libertad de exámen en los negocios gubernamentales le hizo reflexionar con alguna mas detencion. Era tan sagaz como disimulado, y no tardó en conocer que después que los sectarios hubiesen derrocado la autoridad pontificia, no tardarian en minar los tronos por su base. Fortificábanle el Jesuita y los obispos en estas ideas, que el protestantismo no sabia ocultar á la perspicacia de sus adversarios; y al ver Carlos V en lontananza los riesgos que corria su autoridad real, resolvió en un instante lo que el interés de la Religion y de su conciencia no le hubieran estimulado á realizar. Por motivos de un interés secundario, se habia aplazado indefinidamente el concilio universal que solicitaba la Iglesia, y solo se opuso á esta medida cuando llegó á persuadirse que la cuestion religiosa que se debatia pudiera tal vez transformarse en cuestion política. Este fue acaso el resultado de las numerosas dietas en que Lefèvre, Bobadilla y Le Jay se colocaron á la altura de hombres experimentados, científicos é inteligentes en materia de gobiernos.

Ofreciósele á Carlos una ocasion de patentizar sus verdaderos sentimientos, y no quiso dejarla escapar de las manos.

Las disensiones religiosas, de que la ciudad y el electorado de Colonia eran teatro, se propagaban cada dia. Herman de Weiden, su arzobispo, habia roto sus hostilidades contra la Iglesia; príncipe mas débil que culpable, desertaba de su creencia por no haber sabido resistir á la seduccion de los heresiarcas, que habian tenido la destreza de lisonjear su orgullo. Lefèvre habia esparcido en Colonia la buena semilla; Canisio y los otros Jesuitas pasaron á recoger el fruto.

Los Protestantes, cuya intolerancia sostenia el Arzobispo, viéndose incesantemente obligados á luchar contra los individuos de la Sociedad, tomaron el partido de apelar á la insurreccion.

Incapaces de triunfar contra la lógica de los Padres, propusieron como último argumento el hacer cerrar su casa y expulsarlos de la ciudad; para realizarlo se apoyaban en un antiguo decreto que prohibía toda fundación nueva; los magistrados expidieron un decreto análogo y referente al anterior, y se sometieron á él los Jesuitas; pero si ya no existen en clase de comunidad, no faltan aun ciudadanos católicos y sacerdotes que los acojan. Habitan separados, sosteniéndose con limosnas y privaciones, y hallando la mayor parte un asilo entre los Cartujos: su paciente constancia admira á los magistrados, quienes reflexionando con mas detención y serenidad, derogan el decreto, y mandan á los Padres que se instalen de nuevo en su casa, de la que hicieron después un colegio y un seminario.

Este acontecimiento, que indicaba bien á las claras la especie de libertad con que pretendía dotar á los pueblos el protestantismo, así como todas las revoluciones, sirvió para abrirles los ojos y hacerlos salir de su apatía. El clero y la universidad de Colonia se reunieron á instigación del arcediano Gropper (honrado después por Paulo IV con el capelo), decididos á oponerse á una esclavitud ignominiosa, disfrazada bajo el augusto nombre de independencia, y resolvieron por unanimidad que pasase Canisio en nombre del electorado á exponer los padecimientos de los Católicos á los pies del Emperador y del obispo de Lieja. Explicóse desde luego el comisionado con Jorge de Austria, hijo de Maximiliano I y sobrino de Carlos V, que ocupaba á la sazón la silla episcopal de la referida ciudad; y obteniendo el Jesuita el concurso y la mediación de este Prelado para con el Emperador, se dirigió hácia el campo imperial de Worms, satisfecho de haber ganado esta primera victoria.

Carlos V, que apreciaba las intenciones rectas y estimaba el talento unido á la sagacidad, no pudo menos de sorprenderse al observar en un jóven que aun no habia cumplido los veinte y cinco años, tanta sabiduría y experiencia en los asuntos gubernamentales. Escuchóle con detención, aprobó su dictamen, y prometió su ayuda y protección á los católicos de Colonia. Herman fue pública y solemnemente excomulgado en Roma; y obrando el Pontífice de acuerdo con el Emperador, despojaron á este desgraciado pastor de su cualidad de arzobispo elector, confiriendo ambos honores á Adolfo Schaumbourg.

Lefèvre, que habia preparado los ánimos en Colonia, prestando su apoyo á las primeras tentativas de Canisio, entró en el Tajo el 25 de agosto de 1544, y se presentó en Eborá, donde el Rey residía á la sazón. Vióle D. Juan y le escuchó, otorgándole desde luego su confianza. Araoz estaba en Lisboa por orden de Loyola, reemplazando á Lefèvre en su misión cerca de la corte de Portugal, y fascinando con su elocuencia á la aristocracia y al pueblo.

El viaje de Araoz, á quien acompañaban Strada, Oviedo y Juan de Aragon, habia sido sin duda poco grato á Neptuno y Eolo: embravecióse la mar, se desencadenaron los vientos, y se vieron sorprendidos por una horrible borrasca que los obligó á abordar en la Coruña. Strada predicó en esta ciudad, y al punto se unió á ellos Juan Beira, canónigo de la catedral. Araoz continuó en Valencia su apostolado durante la Cuaresma, mostrándose la multitud tan ávida de escucharle, que no bastando la iglesia á contener el gentío, invadieron las ventanas y hasta los techos. Dueño ya el Jesuita de los ánimos de los habitantes, hizo levantar los cimientos de un nuevo colegio para la Compañía. El P. Francisco Villanueva de Plasencia habia fundado ya uno en Alcalá el año de 1543. Todo contribuía al progreso de la Orden de Jesús, el odio de unos, el afecto de otros; así la tormenta como la calma. Los Jesuitas, á quienes el azar habia impelido hácia las costas de la Iberia, llegaron por último á Lisboa en mayo de 1544, pocos meses antes del arribo de Lefèvre.

Hallábase el colegio de Coimbra en la situación mas floreciente: acababan de entrar en su seno Melchor Nuñez, Noguerra, Luis de Granada, Carnero, Gonzalo Silveira, y Rodrigo Menezes, descendientes todos de las familias mas ilustres del reino. Rodriguez, fundador de esta casa, habia empezado grandes cosas: tocábales terminarlas á Lefèvre, Araoz y Strada. El vuelo estaba ya dado; el Rey le secundaba; los doctores en teología y los sacerdotes mas afamados por la santidad de su vida se presentaban para ser admitidos en la Sociedad, entre los que se contaban Juan Beira, Serrano, Nobrega, Nuñez y Gonzalo de Cámara.

La misión de Lefèvre era para Castilla: dirigió por lo tanto su rumbo hácia esta provincia á principios de marzo de 1545, acompañado de Araoz; en Salamanca, la población entera cuya fe vivifican los dos Jesuitas, solicita una casa de la Orden, á que ac-